

obligados a presentarse con las manos enguantadas, atraen siempre numeroso público, al cual se le pone, gracias a ese recurso de escenario, en el trance de escuchar con curiosidad disertaciones que se resistiría a soportar pronunciadas en tono de cátedra y sin el atractivo de los encuentros literarios, cortados tan al talle de las aficiones de la edad presente y del pueblo Filipino en especial.

Al apologista Católico no le queda otro camino para distribuir sus producciones entre un contingente considerable de lecto-

res, sino adobar los temas de la religión de acuerdo con las inclinaciones dominantes de su siglo, condimentar las sustancias en consonancia con el paladar de la mayoría, adaptarse, en cuanto le fuere posible y lo consintiere la intransigencia de la verdad, a la manera de ser de sus coetáneos, a eso que los alemanes designan con el nombre de "Zeitgeist", el espíritu de la época, con dición indispensable para el triunfo pasajero o perdurable de toda producción intelectual.

PAULINO.

## EL PADRE PIO



**DIRECTAMENTE** aludido por la revista semanal "ESTUDIO" al rechazar las impugnaciones lanzadas contra el P. Pío de Pietraelcina por un desventurado escritor en un semanario anticatólico, me creo en el deber

de hacer constar que mi opinión personal y seguramente la de todos los que han visto de cerca y tratado como yo al famoso capuchino, está muy distante de parecerse a la de "Fr. Gerundio" del Independent.

No es ésta ocasión de descender a detalles ni referir al por menor cuanto vi y admiré en el convento de Ntra. Sra. de las Gracias de San Giovanni Rotondo en donde mora el P. Pío; ocasión tendré de extenderme acerca del particular en uno o varios artículos de la serie Un mes en Italia que en breve comenzará a publicarse en La Defensa. Pero aquí y en todas partes me es grato consignar que de la impresión que me causó el famoso capuchino de Foggia, no solamente no le es desfavorable, sino que por el contrario, salí de allí grandemente edificado por haber tenido ocasión de tratar de cerca a un religioso humildísimo, pobre, mortificado, penitente, celoso del cumplimiento de su deber, modesto, caritativo, enemigo de la lisonja, desasido de los bienes terrenales, y sobre todo, observantísimo de esa virtud preclara que es la piedra de toque de la perfección en la vida religiosa: la obediencia.

Yo ya sé que la última decisión de la Sagrada Congregación del Santo Oficio, al afirmar que no consta la sobrenaturalidad de los hechos atribuidos al P. Pío, termina con la recomendación a todos los fieles, de confor-

mar su conducta con semejante criterio. Como hijo sumiso de la Iglesia Católica, acato humildemente esta decisión y ajusto a ella mi criterio en lo que a la sobrenaturalidad de tales hechos se refiere; pero ahora como antes, jamás podré dudar de la buena fé del famoso capuchino, cuyas virtudes, confesadas por los que de cerca y por largo tiempo le trataron, pónenle a cubierto de toda sospecha de embaucamiento y falsedad a sabiendas. Y en esta opinión mía abundan muchísimos otros visitantes de San Giovanni Rotondo que han consignado en un álbum ad hoc dispuesto por los superiores de aquel convento, su opinión altamente favorable respecto al P. Pío, en quien reconocen todas esas virtudes que tuve la dicha de admirar en su persona.

A buen seguro que si alguno se ha alegrado de la decisión del Santo Oficio es el mismo interesado, cuya profunda humildad no podía llevar en paciencia los homenajes que le tributaban, no ya solo las turbas sencillas, sino también las personas ilustradas que le visitaron en el histórico Monte Gargano.

En resumen: cada vez que recuerdo las gratísimas impresiones que experimenté en aquella detenida visita, cruzan por mi mente aquellas palabras del Salvador cuando hablando del Bautista a las turbas que le rodeaban, claramente manifestó que el penitente del Jordán ni era una caña a quien cualquier viento agitaba, ni tampoco un hombre entregado al lujo y a los placeres. El P. Pío, para mí, aun despojado de la aureola de taumaturgo con que la piedad popular se complacía en nimbarlo, siempre será un tipo admirable por sus relevantes virtudes que le hacen acreedor al respeto, por lo menos al respeto, de todo hombre honrado y libre de prejuicios.

MANUEL RÁVAGO.